

De los Hombres a las Realidades

por Sebastián Salazar Bondy

LP 13/04/1959, 12

No hace mucho, los parlamentarios se entretuvieron durante un buen rato discutiendo qué nombre debería llevar la Irrigación del Quiróz, punto que, a juzgar por el ardor puesto en el debate, parecía ser de esencial importancia en la solución del problema agrario piurano y, por ende, nacional. Ahora nos enteramos que el nombre de "Los Cocos", que tradicionalmente ostentaba la zona en que se situó la represa de aquella obra, le disgustó al General Odría por impropio o modesto y que, en razón del malestar presidencial, el punto fue bautizado San Lorenzo. Tal vez si rastrearíamos más en la historia de esta empresa hallaríamos que hubo, en lo que atañe a las denominaciones, un celo ejemplar, y que los apelativos fueron escogidos con todo rigor tras un estudio prolijo de los contenidos de las palabras y sus resonancias semánticas. La cosa sería cómica sino constituyera el síntoma patético de una frivolidad gubernativa característica de nuestro país. Basta analizar el fondo psicológico que tiene esta preocupación verbalista para concluir que aquí se actúa con relación a las apariencias y no a las esencias, en una suerte de tonto exhibicionismo en cuyo culto se sacrifican muchas realidades profundas y valiosas. En tanto la nación real aguarda el estudio serio y los planes efectivos para sobrepasar la difícil etapa formativa por la que atraviesa, los dirigentes contemplan a vuelo de pájaro los problemas y se posan solemnemente sólo para derrochar las energías agotando las palabras en su función nominadora. No interesa cómo es beneficiosa cada cosa, sino cómo cada cosa impresionará por su aspecto superficial, por su aspecto meramente oral.

Esta pequeña anécdota de los

nombres evoca aquel episodio atribuido a algún zar de Rusia, el cual viajaba por su país para verificar el estado en que se hallaba su reino. Los funcionarios, cortesanos y adulones levantaban ciudades de cartón, verdaderas escenografías urbanas y fabriles, con el fin de que el soberano apreciara el



adelanto de su nación y la enormidad de las obras emprendidas bajo su corona. Ante la maravillosa ilusión, el desgraciado gobernante retornaba satisfecho al Kremlin: sus súbditos vivían en monumentales palacios y trabajaban en inmensas fábricas, la patria marchaba "por la senda del progreso" — como dice la inmemorial monserga — y su persona real quedaría en las páginas históricas como la del fundador de la grandeza material y moral de su pueblo. Claro que, en descargo de aquella testa coronada, está la circunstancia de que él era el engañado y de que todo el resto sabía la triste verdad de todo. Nuestros gobernantes actúan al revés y mucho más ingenuamente que los mentirosos inventores de aquellas ciudades provisionales. "Los

Cocos" no da idea de la colosal construcción, ni es digno de figurar, con iguales títulos y solemnidades, al lado del creador de aquel milagro. Entonces, se escoge San Lorenzo, nombre del mártir cristiano bajo cuya advocación está puesto nada menos que El Escorial. La obra, a la postre, no sirve para gran cosa, pero nadie va a negar que tiene una denominación ilustre, eufónica y rica. El engañado es el país y es el zar, o quien hace sus criollas veces, quien conoce la triste verdad de todo. He ahí la diferencia.

Si conducir con frivolidad un país que está consolidado, que conoce su sentido y su destino, que está en camino de obtener el bienestar a que toda comunidad aspira, es un crimen, mayor crimen es actuar así con un pueblo que busca ser útil, que afronta problemas graves de toda índole, que vive angustiosamente entre la pobreza y el desquiciamiento, pues ello implica un imperdonable fraude a la confianza que la comunidad ha depositado, democráticamente, es decir, por medio de la ley, en quienes lo dirigen. La ley, sin embargo, no nos deja abierto más que un camino de enmienda: las próximas elecciones. Como la lección de estos últimos diez años — o de los últimos cincuenta — ya debe haber sido asimilada por la ciudadanía, en el futuro la masa no votará por aquéllos que ponen más énfasis en los nombres que en las obras. Elegir será superar estas lamentables etapas en que se gobierna mal o pésimo bajo apelativos bonitos y en que se debaten las cuestiones nominales, con un lujo bizantino, mientras las realidades fracasan. Si este cambio sucede, el país habrá comenzado a salir de la infancia, época en que el mundo es sólo su apariencia visible.